

CUARENTA AÑOS DESPUES, ARNICHES TRIUNFA ANTE LOS ESPECTADORES JOVENES

“Los caciques”, repuesta para quince días, lleva tres meses en el cartel

Por Adolfo PREGO

EL 13 de febrero de 1920 se estrenaba en el teatro de la Comedia la farsa de don Carlos Arniches «Los caciques». Para comprender lo que esa obra significó en aquellos momentos hay que tener en cuenta las circunstancias nacionales. Han pasado más de cuarenta años, las circunstancias son otras y, sin embargo, «Los caciques» han vuelto a triunfar en el María Guerrero, cuyo director, José Luis Alonso, tuvo la feliz ocurrencia de resucitar la obra, para cubrir un bache de quince días o algo más en la programación de la sala que rige con tanto acierto.

Por los mismos días en que «Los caciques» se estrenaba, andaba el Congreso revuelto en menudencias y en hechos de trascendencia. Las Juntas militares de Defensa habían puesto al gobierno que presidía el señor Allendesalazar en un difícil aprieto. El general Miñans del Bosch cesaba por efecto del oleaje político en la capitania general de Cataluña, puesto para el cual se designaba al general Weyler. Dimitia un ministro, don Amalio Gimeno, y el conde de Romanones

maniobraba con su reconocida habilidad, mientras la opinión pública no opinaba u opinaba muy poco ante el espectáculo de un país que no acababa de estar representado por los Poderes públicos.

Ambiente de escepticismo

Eran otros tiempos. Todo resulta ahora, a través de las lecturas, enormemente distante. Se podía publicar con un titular de regular tamaño la siguiente noticia: «Un accidente de automóvil.» El vehículo matrícula M-3.530 —uno de los últimos modelos— había volcado cerca de Torrelodones, y las hijas del marqués de Perales habían resultado lesionadas. La noticia no era una de tantas. En realidad anunciaba la larga sección de accidentes de tráfico que hoy padecemos, pero nadie podía sospecharlo. En 1920, un hecho como ése tenía relieve destacado. Un coche había volcado. Suficiente.

El ambiente nacional era de escepticismo. Tres años después, el general Primo de Rivera asaltaría



El redicho secretario del Municipio, Cazorla (Antonio Ferrandis), lee al alcalde, don Acisclo (José Bódalo), una carta. Entre ellos, doña Cesárea (Margarita García Ortega), y en el medio de la habitación, Carlanca (Joaquín Molina) y Morrones (Alfredo Landa).



Arniches dedicó la edición de su obra a Don Alfonso XIII

el Poder, y los españoles —los de derechas, los de centro, los de izquierda y el resto— emitirían un suspiro de alivio: «A ver si arreglan esto.» También Arniches quería «arreglar esto», y «Los caciques» constituye una aportación del autor a los deseos colectivos de que mejorasen las cosas. Hubo revuelo, como tenía que haberlo, porque una de las constantes de nuestra sociedad es su hipocresía. Se admiten, se toleran e incluso se aplauden todas las granujadas, pero que salga un autor teatral a decirlo en el escenario y ya verán ustedes la que se arma. Como si el autor o los autores fueran los culpables de que haya fallos graves en la organización y en la moral, en las ideas y en los modos. Naturalmente, se armó. Y Don Alfonso XIII fue a ver la obra, días después del estreno. Es un hecho curioso, por lo que ahora verán ustedes.

Antecedente de «Los caciques»

Arniches había recibido de don Tirso Escudero, empresario de la Comedia, una comedia extranjera para que la tradujese y adaptase. Arniches quedó prendado del texto, y acordó escribir una comedia propia sobre el mismo tema de la que don Tirso le había dado. Esa comedia extranjera era «El inspector», de Gogol, obra que en su día también causó escándalo en Rusia, del mismo modo que Molière lo causó en la Corte francesa... Está visto que la verdad tiene muchos enemigos. Arniches había visto, a través de «El inspector», uno de los aspectos más desagradables de nuestra vida política: la supremacía del caciquismo rural, sistema muchas veces denunciado pero nunca vencido. En Rusia, Gogol había puesto al descubierto la inmoralidad y la incompetencia, el abandono y la tiranía que los pequeños

funcionarios ejercían en las olvidadas ciudades. El Zar fue a ver «El inspector» y la aplaudió. Los escandalizados tiralevitas de la situación quedaron anonadados, y de «El inspector» nacieron indirectamente una serie de medidas políticas y administrativas para cortar los abusos. También Don Alfonso XIII, ante las duras frases que Arniches ponía en boca de sus personajes, y ante la situación que denunciaba con tanta gracia, alentó al autor. No conocemos las palabras que le dijo en su palco cuando Arniches subió a presentarle sus respetos, pero en la edición de «Los caciques», el autor escribió esta dedicatoria al Monarca:

«Señor: la emoción que me produjeron las altas palabras que escuché de Vuestra Majestad la noche que presencié la representación de esta obra, me impulsa a dedicársela.

Se consigna en ella una amarga y viva realidad de las costumbres políticas españolas, expresada sincera y noblemente; pero sería injusto no consignar también en su primera página, con la misma sinceridad y nobleza, que si todos los españoles se hubieran penetrado de los altos propósitos renovadores de Vuestra Majestad, esta obra no hubiera podido ser escrita, porque el caciquismo ya no existiría.

Y esta rotunda afirmación tiene el valor de estar hecha por un hombre independiente, que no tiene su espíritu coaccionado por ninguna devoción política, ni desea del Trono otra cosa sino la egregia bondad de vuestra real estimación.» Y debajo, la fecha: 10 de marzo de 1920.

Figurines y decorados de Mingote

El efecto que «El inspector» causó en don Carlos Arniches había sido estimulante. «Los caciques» desarrollan la misma línea argu-

mental, con situaciones fundamentales idénticas, pero no hay en ella nada que huelga a importación. En el espíritu de Arniches, «El inspector» obró una influencia positiva, y la farsa, al ser estrenada, reveló que era española por los cuatro costados.

Han pasado tres meses desde que «Los caciques» volvieron al escenario y la farsa se mantiene en pie, y no ciertamente por su trasfondo, sino por la gracia inimitable del autor, y porque la comedia alcanza en esta reposición una categoría humorística que en buena parte se debe a Mingote, el hombre que ha dibujado más y mejores paletos. El director José Luis Alonso vio la posibilidad de resucitar «Los caciques», pero a condición de que fuese Mingote quien se encargase de los figurines y decorados, y tanta importancia dio el director a esta colaboración que los actores no solamente se vistieron sino que se caracterizaron de acuerdo con los dibujos que Mingote hizo de cada personaje, a los que dio rostro y carácter en retratos humorísticos muy actuales. Este se demostró en seguida: han pasado por el María Guerrero miles y miles de jóvenes espectadores que encontraron en la farsa algo muy cercano a su sensibilidad. Por otra parte, el director se esforzó en dar el tono justo al diálogo y a los movimientos, para que la farsa no se convirtiese en puro disparate, evitando también una reproducción arqueológica que hubiera resultado insoportable. Los paletos de «Los caciques», la ridícula y tierna Eduarda, la sentimental Cristina, todos los personajes resultan familiares al espectador actual, aunque el tema del caciquismo, tal y como aparece relatado, esté fuera de nuestra órbita.

Los actores que estrenaron «Los caciques» en la Comedia han desaparecido en buena parte. Otros todavía trabajan y cosechan éxitos en estos instantes. Irene Alba,



Sobre estas líneas, el director José Luis Alonso, a cuya feliz iniciativa se debe la reposición de esta pieza, comenta una escena con Rafaela Aparicio y Antonio Ferrandis. A la derecha, Antonio Mingote, autor de los decorados y de los figurines del vestuario, un nuevo ejemplo de su gracia extraordinaria.

